

Lola y el fin del mundo



Javier Zamudio

Cuando papá dijo las palabras “mantener vivo el sector pecuario” pensé en sus pies y no pude evitar mirarlos. Tenía juanetes y no usaba zapatos. Las sandalias de cuero habían dejado una carretera blanquecina que contrastaba con lo que había tostado el sol. Siempre hablaba de lo mismo, por eso no me extrañó cuando le respondió eso al funcionario del Gobierno que explicaba que se debía sacrificar a Lola. En casa no se comía carne. Bueno, mentira, solo una vez al mes. Una vez, que era una especie de celebración para mi hermana María y para mí. Claro, lo entendía, ¿quién no? Si me quejaba, mi padre me llevaba al portón de la casa y me señalaba el horizonte. “Allá está”, decía.

Ya no preguntaba qué. Lo había escuchado muchas veces: el mundo se estaba transformando en una gran sartén que hervía a causa del calentamiento global. Papá decía que con los años empeoraría por culpa del consumo de carne de res. “Produce gases de efecto invernadero”, explicaba. Entonces, imaginaba los osos hibernando o un invierno eterno, de esos que nos decían que iba a llegar si seguíamos comiéndonos las vacas.

Esa actitud rígida no era un capricho de papá. Muchas cosas estaban restringidas en el mundo. Los autos, por ejemplo, ya no transitaban las calles. Desde pocos años atrás se habían convertido en adornos que la gente ponía frente a sus casas. De hecho, el nuestro, un viejo Chevrolet, se transformó en una maceta donde crecían rosas, tulipanes, girasoles y tomates cherry.

—No, pero eso no —dijo mi padre al funcionario.

—Lo siento, pero si no lo hacen ustedes, tendremos que hacerlo nosotros.

No supe a quiénes se refería con “nosotros”. El funcionario era un manojito de huesos con los ojos grandes y la piel muy blanca, igual que su cabello. Apenas le llegaba a los hombros a mi padre y no venía acompañado.

—Es una cuestión de seguridad nacional —prosiguió. Mi padre pareció haber dejado de escuchar y apoyó su cuerpo en la ventana, contemplando a Lola que se alimentaba de un cultivo de frijol—. Desde el 20 de este mes queda totalmente prohibido el consumo de carne.

Papá asintió con la cabeza. Tenía el cabello grisáceo y ojos color miel. Las manos eran muy grandes, más que la cara de ese personaje que deseaba matar a nuestra vaca.

—No vamos a comérsola. Solo la ordeñamos —replicó papá, en un último intento de hacer cambiar de opinión al funcionario—. Además, no sembramos pasto, ella se alimenta

de frijoles. Mírela, FRÍ-JO-LES. Esta dieta ayuda a reducir el metano.

—Son órdenes del Gobierno, señor Martínez. La vaca está contaminando, emitiendo gases.

El hombre salió de casa y mi padre no se inmutó. No giró su cabeza ni se interesó por lo que le había dicho antes de marcharse: “Sacrifique al animal antes del 20 de septiembre. El 21 venimos a comprobar que lo haya hecho”.

—¡No tiene sentido! ¡Una absoluta locura! —dijo mi padre con el cuerpo todavía sobre el marco de la ventana—. ¿Cómo espera que matemos a Lola? ¿Acaso piensan acabar con las vacas del mundo? ¿Harán lo mismo en la India, donde es sagrada?

Mi madre, que llegó en ese momento, contempló desconcertada a papá, como si se tratara de un loco.

Él estuvo inquieto los días que siguieron, antes de la fecha señalada. Salía con Lola a la madrugada, caminaban en círculos por el patio y, otras veces, cruzaban el puente San Rafael, que separaba nuestro municipio, Los Patios, de la ciudad de Cúcuta, o se internaban por una trocha tratando de llegar a Venezuela. Seguía a papá por órdenes de mi madre. Llevaba una maleta con agua, manzanas y pan, que iba consumiendo mientras pasaban las horas.

Papá buscaba un lugar para esconder la vaca antes de que regresara el funcionario, pero ninguno le parecía suficientemente seguro. Algunas veces se acomodaba bajo la sombra de un árbol

y la miraba alimentarse con lo que encontraba. Se agarraba la cabeza y parecía jugar con su cabello un rato hasta que el animal se alejaba, entonces se ponía de pie y caminaba detrás de él. En otros momentos hablaba solo: se lamentaba por el mundo, por la contaminación, por el cambio climático y lloraba. Vagaban por la trocha hasta después de mediodía, luego, cansado, decidía volver. Lo seguía de regreso con un nudo en la garganta. Me afectaba verlo así: vencido y “pataleando”.

Una semana antes de la llegada del funcionario, mi padre le anunció a mamá que escondería a Lola en la casa, en el cuarto principal. No había encontrado un lugar donde dejarla sin correr el riesgo de que se perdiese.

—Mejor aquí que en otra parte. Le diremos al funcionario que sacrificamos al animal —explicó.

Mi madre no estaba de acuerdo con la propuesta, pero era mejor que ver a su esposo salir cada mañana halando a la vaca como un desquiciado.

Por esos días, papá no trabajaba. Hacía un año que había renunciado a su puesto en un periódico de circulación nacional, por diferencias con uno de los editores. Él, como quien sale de un partido de fútbol para nunca volver, se quitó la camisa de periodista y se puso la de granjero. Todo su esfuerzo se dirigió al cultivo de alimentos y cuidado de la vaca.

—¿No crees que los vecinos dirán algo?

—No, mi idea es perfecta. Verán entrar a la vaca, pero no la verán salir —explicó papá.

Mamá continuó con sus labores sin replicar. Mi hermana, que no solía participar de aquellas discusiones, abrió la boca:

—Yo salgo a ayudarte, papá.

Se amarró el cabello con una cinta de tela, dejó las muñecas en el piso y cruzó la sala. Era menuda, con el pelo como una bola de fuego. Mamá se detuvo, con las manos en el aire, y la miró salir de la casa. De repente, escuchamos un lloriqueo que alcanzó mayor intensidad en pocos segundos.

Mi padre, comprendiendo lo que mi hermana estaba tramando, corrió al jardín y llamó a la vaca. Mamá continuó en la cocina, sumida en la vergüenza de la escena que estaba ocurriendo en la calle. María, de repente, gritó:

—No, papá, no, no lo hagas, no.

Esto llamó la atención de los vecinos, que se asomaron a las puertas y ventanas de sus casas. Uno de ellos, don Luis, que vivía frente a la nuestra, preguntó qué pasaba.

—Vamos a sacrificar a Lola —dije y sentí que los ojos se me volvían un charco—. El Gobierno dio la orden.

Don Luis asintió con la cabeza y levantó los hombros, dando a entender que parecía injusto, pero era necesario e inevitable.

—Toca respetar la ley, María —dijo a mi hermana—. Ya sabemos el daño que hacen las vacas.

Papá no se sintió cómodo con las palabras del vecino. Sin

embargo, las respaldó recordando el calentamiento global y los gases de efecto invernadero. Habló mientras empujaba el animal dentro de la casa. En pocos minutos, Lola estaba dentro, avanzando sin mucho esfuerzo hacia la habitación principal. Mi hermana se secó las lágrimas y regresó a sus juegos. Mamá terminó sus quehaceres y se sentó frente a la televisión. Los vecinos creían que sacrificaríamos a nuestra vaca.

Nadie se atrevió a cuestionar la presencia de Lola en la casa. Mi padre la ubicó en un rincón de la habitación principal, le sirvió agua y suficiente comida para la noche. Ella caminaba por un costado de la cama, chocando con frecuencia con un viejo armario de madera y asomando la cabeza por una ventana que daba a la calle. En la noche mugió dos o tres horas. Mamá no se aguantó aquel ruido y se pasó a dormir a mi cama.

En la mañana, mi padre sacó a la vaca del cuarto principal y la acomodó en el nuestro. La idea no le disgustó a mi hermana, que corrió a buscar plantas de frijol para alimentarla. Yo contemplaba al animal como si estuviera viendo un cuadro de Salvador Dalí, un viejo pintor español que mi padre adoraba. Lola parecía más calmada. Se echó un rato y luego caminó entre nuestras camas, mugiendo. Tuve la impresión de que trataba de decirme algo y comencé a hablarle.

—¿Que no quieres morir? —le pregunté.

—Muuu.

—Nadie quiere. No tienes que hacerlo. Este mundo también

fue hecho para las vacas, de lo contrario no se podrían alimentar con fríjoles, que ayudan a reducir las emisiones de metano.

—Muuu.

—¿Me preguntas qué es el metano? Papá dice que es un gas que produce la descomposición de la materia orgánica. En otras palabras —agregué susurrando—, tu trasero es como una planta nuclear.

Busqué un libro de historia y le mostré una imagen de Fukushima. Lola acercó su hocico, que tenía vellos blancos a su alrededor, y lo pegó al papel.

—Muuuuuu.

—¿Quieres saber si es el fin del mundo?

Levanté los hombros. Me acerqué a la ventana y miré el cielo: era muy azul, con pocas nubes y un par de pájaros que pronto se perdieron de mi campo visual.

—No te preocupes, el mundo no se va a acabar —dije—. Solo se está transformando.

Los días que siguieron hablé con Lola sobre muchos temas: el sentido de la vida, los colores que perciben las vacas, el calentamiento global, asuntos relacionados con la situación financiera de nuestra casa y, por supuesto, del funcionario.

—Lo vamos a engañar —le dije la noche previa a su llegada. Ella mugió y sentí que me agradecía con su mirada. Tenía los ojos negros, con un brillo en el fondo. Acaricé su cabeza y se echó en el piso.

Muy temprano, antes de que pudiera apreciarse la claridad en el cielo, papá le puso a Lola un bozal. Mamá limpió la habitación más de lo acostumbrado, usando cloro y otros productos para eliminar olores. Entre los dos cubrieron al animal con una vieja colcha. Luego me indicaron que debía cerrar con llave la puerta de la habitación.

Mi padre se sentó en una silla plástica frente a la casa y permaneció alerta a la aparición del funcionario. A media mañana le pregunté si podía quitarle el bozal a Lola para que comiera.

—Si muge, se lo vuelves a poner —me dijo.

La rutina se repitió: cada dos o tres horas le quitaba el bozal y le permitía alimentarse. El funcionario no llegó. No lo hizo ni al día siguiente ni en los meses que vinieron. Pronto cumplimos un año de espera. Mi padre no bajó la guardia: continuó sentándose cada mañana frente a la casa, con los ojos en la esquina de la calle. Lucía más viejo, más tostado por el sol. Cuando algún vecino mencionaba que había escuchado una vaca mugir, él se quedaba en silencio unos segundos y luego respondía que le pasaba lo mismo, que incluso en sueños le parecía escuchar a su antigua vaca y, entonces, recordaba a esos animales poderosos y solitarios que habitaron la tierra, como un día lo hicieron los dinosaurios.

Lola and the End of the World



Javier Zamudio

Translation by Asha Allen

When Dad said the words, 'Keep the livestock sector alive,' I thought about his feet, and I could not help but look at them. He had bunions and was not wearing proper shoes. His leather sandals had left a chalky trail on his feet that contrasted with the skin the sun had tanned. He always talked about the same thing, so I was not surprised when he responded that way to the government official who was explaining that Lola should be slaughtered. At home we did not eat meat. Correction, only once a month. Once, which was kind of a celebration for me and my sister. Sure, I understood, who wouldn't? If I complained, my father would take me to the gate and show me the horizon. 'There it is,' he would say.

I no longer asked what. I had heard it many times: the world was becoming a big boiling skillet because of global warming. Dad said that it would worsen over the years due to the consumption of beef. 'It produces greenhouse gases,' he explained. So, I imagined hibernating bears or an eternal winter, the things they said were going to happen if we continued eating beef.

That rigid attitude was not Dad's whim. Many things were restricted in the world. Cars, for example, were no longer driven on the streets. A few years ago, they became ornaments that people placed in front of their houses. In fact, ours, an old Chevrolet, was converted into a flowerbed with roses, tulips, sunflowers, and cherry tomatoes.

'No, not that,' my father told the official.

'I'm sorry, but if you don't do it, we will.'

I did not know who he meant by 'we.' The official was a bag of bones with big eyes and skin as pale as his hair. He barely reached my father's shoulders and was on his own.

'It is a matter of national security,' he continued. My father seemed to have tuned out and leaned his body against the window, watching Lola who was feeding on a bean crop. 'From the 20th of this month the consumption of meat is strictly forbidden.'

Dad nodded. He had greyish hair and honey-coloured eyes. His hands were very big, bigger than the face of that man who wanted to kill our cow.

'We're not going to eat her. Only milk her,' Dad replied, in a final attempt to change the official's mind. 'Besides, we do not plant grass, she eats beans. Look at her, B-E-A-N-S. This diet helps reduce methane.'

'They are the government's orders, Mr. Martínez. The cow is polluting, emitting gases.'

The man left and my father was unmoved. He did not turn his head, nor was he interested in what the official said before leaving. 'Slaughter the animal before the 20th of September. On the 21st we will return to confirm it was done.'

'This doesn't make sense! Absolute madness!' my father said, still leaning on the window frame. 'How does he expect us to kill Lola? Are they planning to get rid of all the cows in the world? Will they do the same in India, where cows are sacred?'

My mother, who arrived at that moment, gave my father a perplexed look, as if he were a madman.

He was restless in the days before the deadline. He went out with Lola at dawn, they walked in circles around the yard and at other times crossed the San Rafael bridge, which separated our municipality, Los Patios, from the town, Cúcuta, or went on a trail trying to get to Venezuela. I followed Dad on my mother's orders. I would take a bag with water, apples, and bread that I was going to eat as the hours went by.

Dad was looking for a place to hide the cow before the official returned, but nowhere seemed to be truly safe. Sometimes he settled under a shady tree and watched her eat whatever she found. He would clutch his head and seemed to be playing with his hair for a bit until the animal wandered off, then he would get up and walk behind her. Other times, he talked to himself: he complained about the world, pollution, climate change, and cried. He roamed the trail until after midday, then, tired, would

head back. I followed him on the way back with a lump in my throat. It hurt me to see him like that: fretting and defeated.

A week before the official's arrival, my father told Mum that he would hide Lola in the house, in the master bedroom. He had not found another place where he could leave her without running the risk of losing her.

'Better here than anywhere else. We'll tell the official that we slaughtered the animal,' he explained.

My mother was not in favour of the idea, but it was better than seeing her husband go out every morning pulling the cow like a lunatic.

Dad was not working at the time. It had been a year since he had quit his job at a national newspaper due to differences with one of the editors. He, like a footballer who leaves a match never to return, took off his journalist jersey and put on a farmer's. All his efforts were directed to the cultivation of food and caring for the cow.

'Don't you think the neighbours will say something?'

'No, my idea is perfect. They will see the cow go in, but they will not see it come out,' explained Dad.

Mum continued with her chores without argument. My sister, who does not usually participate in these discussions, opened her mouth.

'I'm coming out to help you, Dad.'

She tied her hair up with a cloth ribbon, left her dolls on the

floor and passed through the living room. She was small with hair like a fireball. Mum stopped with her hands in the air, and watched her leave the house. Suddenly, we heard a cry that grew louder in seconds.

My father, going along with my sister's scheme, ran to the garden and called the cow. Mum stayed in the kitchen, embarrassed by the scene happening in the street. Suddenly, María shouted,

'No, Dad, no, don't do it, no!'

This caught the neighbours' attention, and they peered out from their doors and windows. One of them, Don Luis, who lived in front of us, asked what was going on.

'We're going to slaughter Lola,' I said, and I felt my eyes well up. 'Government's orders.'

Don Luis nodded and shrugged his shoulders, understanding that it seemed unfair, but was necessary and inevitable.

'We have to respect the law, María,' he said to my sister. 'We already know the damage cows cause.'

Dad was upset by our neighbour's remarks. Nevertheless, he supported them, remembering global warming and greenhouse gases. He talked while he was pushing the animal inside the house. Minutes later, Lola was inside, moving effortlessly towards the master bedroom. My sister dried her tears and returned to her toys. Mum finished her chores and sat in front of

the television. The neighbours believed that we would slaughter our cow.

Nobody dared to question Lola's presence in the house. My father put her in a corner of the master bedroom, gave her water and enough food for the night. She walked by one side of the bed, often bumping into an old wooden wardrobe, and sticking her head out the window overlooking the street. At night, she mooed for two or three hours. Mum could not stand the noise and slept in my bed.

In the morning, my father took the cow out of the master bedroom and put her in ours. My sister was fine with the idea and ran to look for beans to feed her. I was looking at the animal as if it were a painting by Salvador Dalí, an old Spanish painter whom my dad loved. Lola seemed calmer. She lay down for a bit and then walked between our beds, mooing. I got the impression that she was trying to tell me something and I started to talk to her.

'You don't want to die?' I asked her.

'Mooo.'

'Nobody wants to. You don't have to. This world was also made for cows, otherwise they could not be fed with beans, which helps reduce methane emissions.'

'Mooo.'

'You asked what's methane? Dad says that it is a gas produced

by the decomposition of organic matter. 'In other words,' I whispered, 'your backside is like a nuclear plant.'

I searched for a history book and showed her a picture of Fukushima. Lola brought her snout closer, which had a beautiful white around it, and stuck it to the page.

'Moooooo.'

'You want to know if it is the end of the world?'

I shrugged my shoulders. I went closer to the window and looked at the sky: it was very blue, with few clouds and a couple of birds that were soon out of sight.

'Don't worry, the world isn't ending,' I said. 'It's only changing.'

The following days I talked to Lola about many things: the meaning of life, the colours that cows see, global warming, matters related to the financial situation of our household and, of course, the official.

'We're going to trick him,' I told her on the night before he was due to arrive. She mooed and I felt like she was thanking me with her gaze. She had black eyes, with a twinkle in them. I stroked her head and she lay on the floor.

Very early, before the sky was clear, Dad put a muzzle on Lola. Mum cleaned the room more than usual, using bleach and air fresheners. Between them, they covered the animal with an old quilt. Then they told me that I should lock the bedroom door.

My father sat in a plastic chair in front of the house and was on the lookout for the official. At mid-morning I asked him if I

could take the muzzle off Lola so she could eat.

'If she moos, put it back on,' he told me.

The routine was repeated: every two or three hours I took off the muzzle and let her eat. The official did not come. He did not come the next day or the following months. Soon it will be a year of waiting. My father did not let his guard down: he continued to sit every morning in front of the house, with his eyes on the street corner. He looked older, ever more tanned by the sun. When a neighbour mentioned that he had heard a cow moo, he was silent for a few seconds and then replied that the same thing happened to him, that even in dreams he seemed to hear his old cow and then he remembered those powerful, lonely animals that inhabited the earth, as dinosaurs once did.